

## **LA COOPERACIÓN AL DESARROLLO DE LA UE: HACIENDO FRENTE A NUEVOS RETOS**

**Enrique Guerrero**

Diputado, Parlamento Europeo

La Unión Europea se encuentra en la vanguardia de la cooperación al desarrollo. Somos apenas el siete por ciento de la población mundial, una cuarta parte del PIB, pero alcanzamos a ser el 60% de la ayuda destinada al desarrollo. No somos una potencia militar ni queremos serlo. Hemos hecho de la cooperación al desarrollo uno de nuestros signos de identidad, convirtiéndonos en el primer donante en ayuda al desarrollo, y la hemos identificado en el recién entrado en vigor Tratado de Lisboa como una política autónoma enmarcada en la acción exterior de la Unión.

Muestra de esta vanguardia son las Jornadas Europeas de Desarrollo que se celebran anualmente en el país que ostenta la Presidencia del Consejo de la Unión Europea. Estas Jornadas constituyen un importante foro de encuentro y de intercambio de ideas entre los responsables políticos de cooperación al desarrollo, ONG, actores civiles, universidades y entidades locales.

La cuarta edición de estas Jornadas tuvo lugar en Estocolmo a finales de octubre de 2009 y giró entorno a desafíos en el campo del desarrollo tan urgentes como el cambio climático y la crisis económica.

No es necesario argumentar la oportunidad de llevar al debate durante estas Jornadas la lucha contra el cambio climático. Se trataba de poner el acento una vez más, ante la inminente Conferencia sobre Cambio Climático celebrada en Copenhague, en la necesidad urgente de asumir compromisos frente a los desafíos que el calentamiento global presenta desde la perspectiva del desarrollo.

El cambio climático está provocando y provocará sus más devastadores efectos en los países en desarrollo. Sequías, inundaciones, pérdida de cosechas, aumento del precio de los alimentos, inestabilidad social y política, incremento de los conflictos, movimientos migratorios, problemas de seguridad... Todo ello resultado de las emisiones de los países ahora desarrollados, durante años de intensa explotación de energía basada en el carbón y de consumo sin limitación responsable de recursos naturales.

Ahora queremos alcanzar compromisos de reducción de emisiones y queremos que los países que quieren desarrollarse lo hagan sin cometer los mismos abusos que a nosotros nos permitieron alcanzar los actuales niveles de bienestar. Pero no es justo ni razonable pensar que puedan hacerlo por ellos mismos. Ni que renuncien a mejorar sus condiciones materiales de vida.

Nosotros generamos este problema y somos nosotros los responsables de hacerle frente. Es por ello que los países desarrollados tienen que dedicar recursos para la adaptación y la mitigación de los efectos del cambio climático en los países en desarrollo. Y estos recursos no deben ser desviados de los compromisos de Ayuda Oficial al Desarrollo ya adquiridos, sino adicionales a los mismos.

La UE, como mayor donante del mundo, tiene la gran responsabilidad de proporcionar no sólo recursos financieros sino conocimientos técnicos para tal fin. La Comisión Europea ha cifrado en 100.000 millones de euros anuales, a partir de 2020, la contribución necesaria de las economías más ricas a la lucha contra el cambio climático. En este contexto, la última resolución aprobada por el Parlamento Europeo el 25 de noviembre sobre Cambio climático, en el contexto de la Conferencia de Copenhague, aboga por una contribución de la UE de 30.000 millones de euros a partir de 2020.

La Comisión Europea ha propuesto que la financiación pública internacional comience con un paquete de financiación del orden de 5.000 a 7.000 millones de euros por año a partir del 2010 hasta 2012, financiación dedicada a la adaptación y mitiga-

ción así como a la investigación y el desarrollo de capacidades endógenas para hacer frente al cambio climático.

En Estocolmo se hizo un llamamiento a la movilización internacional para hacer frente al mayor desafío de la historia: la combinación del binomio pobreza-cambio climático. En Copenhague no se alcanzó el acuerdo deseado. Pero no se puede caer en el pesimismo. Esta Cumbre nos dejó un acuerdo entre países como Estados Unidos y China, hecho significativo ya que ninguno de ellos ha ratificado Kyoto. Es este paso hacia adelante el que la Unión Europea debe aprovechar para liderar un nuevo impulso en las negociaciones.

Tampoco la crisis financiera y económica que se desencadenó en 2007, y en la cual nos encontramos aún inmersos, fue provocada por los países en desarrollo y, sin embargo, como en el caso del calentamiento global, son los países emergentes y en desarrollo los que están sufriendo sus efectos más amargos y profundos.

Las causas de esta crisis se encuentran también en los países desarrollados, en la expansión en su seno de determinadas prácticas opacas del sistema financiero, en el aliento de burbujas especulativas, en la avaricia por la obtención de beneficios rápidos y artificiales respecto de la economía productiva, en la irresponsabilidad de muchos directivos de instituciones financieras relevantes.

Esta crisis ha frenado por completo los avances que se venían produciendo en esos países en la última década, manifestados en un sostenido crecimiento, en el saneamiento de sus cuentas públicas, en la reducción de su deuda externa, en la expansión de su actividad comercial, en el auge de los productos básicos, en la llegada de más ayuda al desarrollo. En ese escenario, aún con dificultades y medios insuficientes, estaba mejorando levemente la senda de cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

Sin embargo, en los años previos a la crisis financiera, los países empobrecidos ya habían sido golpeados por la crisis alimentaria, la crisis energética y la crisis climá-

tica. La actual crisis financiera no ha hecho sino multiplicar exponencialmente el deterioro de la situación que ya empezaban a sufrir los países de ingresos más bajos.

Tras golpear a los países avanzados y a los emergentes, esta crisis ha llegado dramáticamente a los países en desarrollo. Según cálculos de Intermón Oxfam y de instituciones financieras internacionales como el Banco Mundial, cerca de 100 millones se sumarán a los más de 1.000 millones de personas que viven en pobreza extrema; que se producirán entre 30.000 y 50.000 muertes infantiles más en el África Subsahariana; que caerá el gasto en educación, salud, infraestructuras y en las ya muy precarias redes de seguridad y protección social.

Los países desarrollados han lanzado grandes planes de estímulo fiscal cuyos resultados comienzan a vislumbrarse. Sus economías comienzan a recuperarse de este bache, profundo, pero a fin de cuentas un bache en su línea de crecimiento.

Y, mientras esto sucede, los países menos desarrollados continúan hundiéndose más profundamente. El peligro al que nos enfrentamos es que para estos países no sea sólo un bache, sino tal retroceso que llevará décadas el superar.

Sin embargo, a pesar de que la comunidad internacional ha subrayado reiteradamente que el desarrollo es parte integrante de la solución a la presente crisis mundial, a pesar de que en las conferencias internacionales de Nueva York, Accra y Doha, y en las reuniones del G20 en Washington, en Londres y en Pittsburg, y especialmente en la Cumbre del G8 en L'Aquila, se manifestaron posturas firmes y se adoptaron compromisos concretos a fin de conseguir los Objetivos de Desarrollo del Milenio, mantener las metas fijadas para la ayuda, aumentar su eficacia, e incorporar a los países en desarrollo a las reformas de gobernanza global; lo cierto es que los recursos comprometidos no acaban de llegar a esos países y aún están por ponerse en marcha las reformas anunciadas.

Ante esta realidad, el mundo desarrollado tiene que dar una respuesta potente, una respuesta rápida. La ayuda que reduzca la pobreza y la exclusión, las medidas que contribuyan al desarrollo, los medios necesarios para salir de la crisis, son necesarias

ahora, en 2010. Es necesario encontrar formas de desembolso rápido y de adelantar la ayuda comprometida para los próximos años.

Esa respuesta rápida necesita ser continuada por otra de más larga duración. Y ésta no la podremos dar con una medida aislada, por muy llamativa que pueda ser, sino a través de un compromiso amplio con un conjunto de acciones mejor coordinadas y gestionadas de forma más eficaz y transparente, buscando acuerdos amplios entre donantes principales, países socios, instituciones financieras y sociedad civil.

En la puesta en marcha de esta dinámica de acción, la UE debe seguir asumiendo el liderazgo y la mayor determinación, para lo que debe reforzarse el compromiso de todos y cada uno de los órganos de la Unión, y hacerse oír la voz inequívoca del Parlamento.

Lo inaceptable sería que, como ya está ocurriendo, a medida que las economías avanzadas comienzan a ver el inicio de la recuperación, desaparezca de la agenda internacional la necesidad urgente de abordar el impacto de esta crisis en los países en desarrollo.

En conclusión, el mundo se enfrenta a dos grandes retos: el cambio climático y la crisis económica y financiera. No estamos respondiendo a ambos retos y nos estamos alejando del cumplimiento de otros compromisos de capital importancia, como son los Objetivos de Desarrollo del Milenio. No podemos darnos por vencidos, no podemos simplemente aceptar que es imposible alcanzar estos Objetivos y ver el tiempo pasar. Son necesarios compromisos firmes, y así se puso de manifiesto durante las Jornadas Europeas de Desarrollo.

Bruselas, marzo de 2010